**Dimensión Eucarística del Padrenuestro**. ****

La palabra "*epiousios*", cuya traducción "*de cada día*", es un poco engañosa porque en realidad significa "*lo que no se puede vivir sin ello*", es decir, lo esencial que es necesario cada día. Cuando decimos “*danos hoy nuestro pan*” estamos diciendo al Señor "*quiero vivir solo con lo necesario, quiero que me concedas conformarme con lo que me das y lo que soy, que todo lo que me das me dé fuerza para ser santo y servirte*”.

Otra dimensión de "*epiousios*" es el pan de la Eucaristía de donde arranca nuestra vida cristiana. El Concilio nos recuerda que la Eucaristía es la fuente, la raíz y la cima de toda la vida cristiana, de ella se derivan todos los bienes y gracias, a ella debemos llevar toda nuestra vida para que sea agradable a Dios Padre, todo está en función de la Eucaristía.

**No se puede entender al cristiano sin la Eucaristía**

Recordemos que la Eucaristía es la oración máxima de Cristo al Padre, en ella las oraciones son a Dios Padre. Hay una oración a Jesucristo antes de la Comunión, "*Señor Jesucristo que dijiste a tus apóstoles*: *La paz os dejo, la paz os doy*". Las demás y la oración colecta son a Dios Padre. Oramos al Padre por Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo. Algunos días, como en el *Corpus Christi*, la oración colecta es a Jesucristo.

¡Es importante saber a quién se dirige uno cuando reza, porque uno hace las veces de Cristo porque está haciendo la ofrenda de Cristo al Padre! La Eucaristía es un banquete de la comunidad porque recuerda la Última Cena que es la anticipación del Misterio Pascual de Cristo, muerte y Resurrección.

Cuando le pedimos a Dios Padre "*danos hoy nuestro pan de cada día*", estamos diciéndole: "*Permíteme vivir también de la Eucaristía*".

**Acción de Gracias, Memorial y Presencia**

***Acción de Gracias*** que es el significado de Eucaristía, así debe ser nuestra vida continua gratitud a Dios por existir, por tener fe y por todos los dones recibidos. Lo primero que nace del corazón del hombre es la adoración, la alabanza y la gratitud y el modo que tenemos para hacerlo es en Jesucristo. Por eso unidos a Él damos gracias a Dios Padre: "*Te doy gracias, Padre*", nos unimos a la gratitud de Cristo.

En segundo lugar, es ***memorial*** *del sacrificio de Cristo*. "*Volver a hacer presente*", de tal modo que en el momento del sacrificio Eucarístico estamos ante el mismísimo misterio de la muerte y resurrección de Cristo, momento en que Cristo se ofrece a Dios Padre. Nos unimos al único sacrificio, al único misterio pascual del que todos vivimos

En tercer lugar, está la "***presencia***", Cristo mismo está presente en la acción Eucarística. Que nuestra pasión sea encontrarnos con Cristo Jesús.

Al Señor en el Padrenuestro le pedimos: *acción de Gracias, memorial y presencia*, que **vivamos la Eucaristía hoy**. La presencia de Cristo es el encuentro personal con Él, por eso la *adoración eucarística* es la *prolongación del sacrificio de la Misa*, extensión en el tiempo del santo sacrificio de la Misa.

**Beneficios de la Santa Misa**

Es nuestro alimento de cada día, “*danos hoy nuestro pan de cada día*” y el Catecismo nos describe de forma gratificante sus frutos (CEC 1391 ss):

En primer lugar, ***acrecienta nuestra unión íntima con Cristo***, esa es la meta de nuestra vida. Lo que el alimento material produce a nuestra vida corporal, la comunión lo realiza de manera admirable en nuestra vida espiritual.

En segundo lugar**, *nos separa del pecado****,* que es la mayor tragedia que le puede ocurrir al hombre. Cuando nosotros comulgamos con la debida preparación y disposición, nos separamos de la ofensa a Dios, nos purifica de los pecados cometidos. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con Él por el pecado.

También nos dice que ***nos une más al cuerpo místico de Cristo***, hace crecer en nosotros la caridad, que es la que nace justo de nuestra unión a Cristo. La Eucaristía lleva consigo un compromiso en favor de los pobres. No puede haber una dicotomía en nuestra vida: vivir la Eucaristía y estar distanciado del otro por rencor, enojo, desprecio... Si comulgo a Cristo comulgo con su cuerpo místico. La Eucaristía vivida bien nos lleva a un compromiso mayor con los que sufren, con aquellos que nos están pidiendo nuestra caridad.

Jesús nos enseña a pedirle al Padre el pan de cada día. Y nos enseña a hacerlo unidos con tantos hombres y mujeres para quienes esta oración es un grito, – que a menudo se lleva dentro- y que acompaña la ansiedad de cada día. Imaginemos esta oración rezada no en la seguridad de un apartamento cómodo, sino en la precariedad de una habitación en la que uno se las arregla, donde falta lo necesario para vivir. Las palabras de Jesús adquieren nueva fuerza. La oración cristiana comienza desde este nivel. No es un ejercicio para ascetas; parte de la realidad, del corazón y de la carne de las personas que viven en necesidad, o que comparten la condición de quienes no tienen lo necesario para vivir. “Padre, haz que tengamos hoy el pan necesario para nosotros y para todos”. Y “pan” es también para agua, medicinas, hogar, trabajo… Pedir lo necesario para vivir.

El pan que pedimos al Señor en la oración es el mismo que un día nos acusará. Nos reprochará la poca costumbre de partirlo con los que nos rodean, la poca costumbre de compartirlo. Era un pan regalado a la humanidad y en cambio, solamente lo han comido algunos: el amor no puede soportarlo. Nuestro amor no puede soportarlo; y tampoco el amor de Dios puede soportar este egoísmo de no compartir el pan.

Una vez había una gran multitud ante Jesús; era gente que tenía hambre. Jesús preguntó si alguien tenía algo, y solo se encontró un niño dispuesto a compartir lo que tenía: cinco panes y dos peces. Jesús multiplicó ese gesto generoso (Jn 6: 9). Ese niño había entendido la lección del “Padre Nuestro”: que los alimentos no son propiedad privada, sino providencia que debe compartirse, con la gracia de Dios.

El verdadero milagro realizado por Jesús ese día no es tanto la multiplicación, sino el compartir: “*den lo que tienen y yo haré el milagro*”. Él mismo, multiplicando aquel pan ofrecido, anticipó la ofrenda de sí mismo en el Pan Eucarístico. Efectivamente, solo la Eucaristía es capaz de saciar el hambre de infinito y el deseo de Dios que anima a cada hombre, también en la búsqueda del pan de cada día.

Cada vez que recemos el Padrenuestro y digamos "*danos hoy nuestro pan de cada día* " nos tiene que llevar a celebrar ese día la Eucaristía con auténtica devoción, siendo conscientes de lo que tenemos entre manos. "*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna*" (Jn 6,54)

El sentido cristiano de esta cuarta petición «se refiere al Pan de la Vida: **la Palabra de Dios** que se tiene que acoger en la fe, **el Cuerpo de Cristo** recibido en la Eucaristía (Jn 6, 26-58)» (CEC 2835). La expresión de cada día «tomada en un sentido temporal, es una repetición de “hoy” (Ex 16, 19-21) para confirmarnos en una confianza “sin reserva”. Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (1Tm 6, 8)» (CEC 2837).

**Práctica semanal**: Pidamos a María que interceda al Padre por nosotros para que, lo que le pedimos en el Padrenuestro: “*nuestro pan de cada día*”, lo vivamos como lo que realmente es.